

PREGON DE LA SEMANA SANTA DE MURCIA

**Pronunciado el día 21 de marzo en la Iglesia
de Nuestra Señora del Carmen, por el Ilmo. Sr. D.**

Asensio Sáez García

Faltaría a la verdad si ocultara que, a la vez que un honor, pregonar la Semana Santa de Murcia constituye para mí un íntimo gozo que yo diría gozo de enamorado, pues es precisamente el amor el que, por mi parte, por medio anda, va a andar en este intento de exégesis de esa teología popular que es la procesión murciana, bodas del capirote y la cera, del ánima en suspenso frente a la dialéctica de la madera salzillesca y la visitación de una primavera que aquí convierte a la calle en retablo ambulante y a la torre catedralicia en dedo de San Juan con miras a que el viajero o peregrino que de lejos venga en estos días, buscándole el alma a la ciudad, no tenga pierde.

La verdad es que uno, que siempre ha acabado por encontrar una justificación con más o menos marchamo de credibilidad para evadir la convocatoria de otros acontecimientos murcianos de crecido fuste o enjundia, cuantas veces ha podido, y ha podido muchas, ha abierto un hueco en sus Semanas Santas, bien para alcanzar el zascandileo de los Salzillos al sol, bien para perderse por la escenografía nocturna de esa calle recoleta por la que discurre, como Pedro por la suya, todo un colegio de santos de palo enjalbegados por la luna del Parasceve.

Pienso ahora si aquel niño que desde un balcón de Murcia, Platería número once, se encandiló tantas veces con el colorín del cortejo procesional, prendido en el vaivén de la palmera de un Getsemaní que anda, en la opulenta gastronomía de la Cena, casi de Rey Baltasar, o en esa deslumbradora gruta de Aladino que es el buche de los nazarenos, no estaría comenzando entonces una preparación remota de su futuro pregón

de Semana Santa; una elemental preparación que luego, claro está, se iría acrecentando con nuevas y suculentas aportaciones al ir ganándole a esa Semana Santa, a través de inéditas vivencias, sus más ocultas claves, sus más recónditos secretos, como aquellos que fue uno descubriendo de la mano del cura Juan, poeta siempre, canónigo luego, un día también pregonero de las procesiones murcianas, y entre los que se cuentan todas y cada una de las salidas de los distintos cortejos pasionarios como momento crucial de la cofradía o la hermandad, pues justamente en esa hora de la salida de la procesión se consuma y compendia todo un año de preparaciones, preocupaciones, sueños, proyectos y hasta pavorosas dudas sobre esa posible climatología adversa de la nube embarazada de agua que puede dar al traste con la procesión.

Echar la procesión a la calle, que la procesión vaya ganando poco a poco la calzada, empezando a consumir su itinerario, se convierte, efectivamente, en uno de los más golosos momentos de toda la Semana Santa. ¿Quién no alcanzó, bajo las bóvedas del templo, los nerviosos preliminares de aquella faena que va a poner en marcha el paso procesional, empujándolo hasta la calle? Cada andero en su puesto, atento a la orden del cabo de andas. Un golpe en la pequeña chapa de la delantera del trono levanta al unísono la pesada mole: cobra cuerpo en ese momento el mito del atlante mientras vibra musicalmente la critalería de las tulipas, cabecean las flores y por unos instantes se tambalean las imágenes sobre sus respectivas peanas. Tensa la musculatura del estante, chafada su esparteña sobre el santo suelo, el paso llega a la puerta de salida sobre la que, nunca se sabe, pueden acechar aquellos problemas suscitados por una distancia mal calculada que hace peligrar parte del exorno floral, la integridad de un farol, la cresta de una dorada voluta... Surgen, entonces, inevitable, la voz estentórea, el denuesto, el taco a veces, sólo que, con tan santa intención puesto en el labio, que invita a ser contestado por alguien con un "amén". Grato descanso luego, ya el alma serenada y el paso a salvo en la calle, pasmo y admiración del gentío que, haciendo válido el viejo pareado popular, ocupa sillas y sillones para ver las procesiones.

Muchos otros rostros le fue descubriendo uno a la procesión bajo el doctorado de don Juan Hernández, de cuya des-

pedida, precisamente sobre el telón de fondo de una salida procesional, hago memoria, engañándonos mutuamente en un abrazo sin palabras, equivalente al “hasta el año que viene” de siempre, a sabiendas de que para él ya no habría más procesión, bueno, se sobreentiende que en la tierra, porque procesiones habría de haberlas, pues claro que habría de haberlas para él, que de antiguo viene el conocimiento de que para el murciano el cielo no sería tal sin procesiones de Samana Santa, sólo que en directo, podríamos decir para entendernos, mirando a Dios cara a cara.

Pienso que la suma de estos motivos personales a los que todavía podría añadir alguno que otro para mí importante aditamento que omito por no cansar, pueden de algún modo legitimar ese gozo personal al que antes aludía, promovido por encontrarme pregonando la Semana Santa y por hacerlo desde la murcianísima iglesia del Carmen en cuyas naves muchos Miércoles Santos uno ha llegado a suspender ánimo y voluntad en esa hora inefable de la media tarde en que el templo pasa a convertirse en colmena de idas y venidas, de avisos y trajines a mayor gloria del cortejo, mientras la frágil arquitectura floral de los pasos recibe los últimos retoques. Aquí, el colosalismo del Lavatorio, ese prodigioso cinemascopio de trece figuras con tanta sabiduría dispuestas. A mi izquierda, el paso alucinante del Cristo de la Sangre, más allá, la balconada del Pretorio con la presencia del Berrugo, que es el gumberro del rococó. A lo último, junto a la puerta, como buscando el aide libre para el que fue labrada, la Samaritana en su falso Sicar, más cerca de la huerta murciana que de las páginas de la Biblia, efigie ésta de tantas resonancias populares que llega a robarle protagonismo a la escultura del Cristo, a su vera sentado. Tan arraigadas andan en verdad las simpatías de la Samaritana en el pueblo que ya no concebiría el murciano un Miércoles Santo sin la gentil presencia de esta moza garrida de postineros arrequives y cantarico de arcilla a la cintura, huertana mayor cimbreante sobre las pompas barrocas de su trono.

INVITACION A LA FUGA

Eso se pierden quienes, ofuscados por falsos espejuelos, de la Semana Santa vienen haciendo escapismo de carretera, va-

cación de campo o playa. Ha nacido así, con la invitación a la fuga, el nuevo poster de la Semana Santa en el que el pintoresquismo de una panorámica de Benidorm o La Manga sustituye a la viñeta del cirio y el nazareno, y ha nacido, en cierto modo estimulado, sin proponérselo, por supuesto —y acaso sea esta circunstancia lo más lamentable del hecho—, por aquéllos que con la mejor de las intenciones clamaron un día por la pureza y renovación de las viejas fórmulas de los cortejos procesionales, buscando el sello de una auténtica Semana Santa más actual, más comprometida y viviente, podada de excrecencias folklóricas; sin tener en cuenta aquellas otras nuevas desviaciones, sin duda bastante más peligrosas que los viejos errores.

Resulta que muchos de los que se habían escandalizado por el sentido huero y sentimental que, ciertamente, ha venido tiñendo a veces determinadas procesiones, han caído luego en la trampa contraria para engrosar, la mano en el volante, la otra procesión de la carretera, al encuentro de un Jueves o un Viernes Santo de suéter, calzón corto y copichuela, en un híbrido, desangelado paréntesis de mar, campo o montaña.

Entre interpretaciones post-conciliares mal asimiladas, por una parte, y un evidente proceso de secularización del que tantos alardean antes que por propia convicción por una digamos novedosa puesta al día, por otra; más de una ciudad con una legítima vitola semanasertera a las espaldas, ha visto peligrar —salta a la vista que no es este el problema de Murcia— el mantenimiento de alguna de sus procesiones.

No son éstos, al menos en términos generales, los problemas de Murcia. Una tradición de siglos empuja aquí la procesión hasta la calle, fiando antes que en el sello espectacular y jaranero, más acorde con la avispada caza funcional de turistas, en una significación claramente espiritual a la que se ha arribado a través de múltiples decantaciones. Sólo a través de muchas generaciones se ha podido llegar aquí al ejercicio apasionado de una vocación que convierte a la Semana Santa en la más portentosa creación ciudadana, aglutinadora de muchos valores no sólo religiosos sino culturales, artísticos y sociales, hasta trascender sobre cualquier otro acontecimiento.

TRADICION DE LA SEMANA SANTA MURCIANA

Sale el murciano, así, con la llegada de la Semana Santa al encuentro de su traspapelada personalidad, enmascarada hoy bajo la corteza uniformadora del hormigón, programada por el acoso publicitario, desnortada por preocupantes crisis, aturdida por la prisa, el estrés, los guiños del semáforo, los decibelios de la discoteca, la tiranía de la antena televisiva por donde, por decreto, baja cada día hasta la intimidad del hogar, ayer defendida a cal y canto, la última creación del porno y la estulticia.

Muchos días antes de las jornadas pasionarias propiamente dichas, con la llegada a la catedral de esa espiga celestial, morena y bien plantada, que es la Fuensanta, Murcia vuelve a entroncarse a parte de sus derrotados fueros mediante lo que podríamos llamar pronuncios de la primavera, que es tanto como decir los preludios de la Semana Santa: primicias del alhelí en el parterre urbano, cartelón de un quinario compartiendo en la pared la vecindad de un poster de Alaska, brote de yemas, casi de confitería, en las ramas del árbol, asientos ocupados bajo el sol de la Glorieta y caramelos en los escaparates de los supermercados.

Llegado luego, con la Semana Santa, el vuelo de ese pichón de olor que es el copo de azahar, conectada directamente la ciudad con la huerta que manda palmeras, flores, olivos, coloreadas frutas y hasta campechanas hortalizas con destino a los pasos, se diría que la Murcia huertana vuelve a prevalecer sobre el perfil, un tanto pedantuelo, de la nueva ciudad, dando paso a parte de la identidad perdida, a los medulares ecos prescritos, exactamente como cuando las calles de la urbe iban a dar al mar de la huerta y ese planeta pequeño y fragante que es el membrillo, domiciliado en la clausura de las arcas, perfumaba por igual la casaca del corregidor y los zaragüelles del perráneo.

Cuidado, sin embargo, con hacer excesiva nostalgia de un pasado que, por pasado, irrepetible resulta; alerta, pues, frente a ese sentimiento de añoranza, un tanto demodé, que pone al corazón macoco pero que a nada conduce. En última instancia, todo signo de progreso, con el que, claro está, hay

que contar incluso con sus taras, lleva implícita la pérdida dolorosa pero necesaria de muchos valores entrañables. En el fondo, el murciano sabe que la barraca de cañizo, por mucho pintoresquismo, pincelada de Pedro Flores y verso de romance que sobre ella pesen, ya nunca podrá rebasar el área del museo; que la parada de galeras en buena hora fue desbancada por el aeropuerto, que la vida, pese al micro de Julio Iglesias, nunca sigue igual y que, ay, cerrado el paréntesis de la fiesta, Murcia habrá de volver al “tío, pásame usted el río” de las andadas.

PERFIL BARROCO

¿Río dije? Precisamente a sus lomos le fue llegada un día a Murcia la ventolera del barroco como clave de múltiples decisiones y, claro está, como patrón de copiosos proyectos urbanos, justa vanagloria de aquella ciudad a la medida del hombre que fue Murcia, tan sabiamente sometida a los mandatos del sol, mismamente un as de oros reluciente en el azulajo de un cielo bajo cuyas luces la piedra pudo convertirse en fragante melocotón.

Que el barroso puso un día a punto los cánones de la procesión, anda a las claras. Bueno es, por tanto, que el cortejo mantenga hoy, contra toda tentación de moderna innovación, su hechura tradicional. Venga en buena hora, con la aportación de inéditos pasos, el enriquecimiento de la procesión, pero venga respetando las viejas soleras del vestuario, de la disposición ornamental de las andas, del alumbrado de cera y, por supuesto, de la imaginería como eje vertebral del cortejo pasionario en el que, en contra de lo que pudiéramos sospechar, la imagen llamada de vestir o de devanadera —una deliciosa debilidad del XVIII— puede hoy mantener todavía un sorpresivo encanto, siempre que quede a salvo, eso sí, todo riesgo de desgarbada manipulación. ¡Menuda empresa estética la de vestir un Salzillo! “¿Quién ha vestido así la inigualable Dolorosa?”, se pregunta un día el obispo Frutos Valiente, para dar enseguida cumplida noticia de la procedencia del vestuario de la imagen, confeccionado —textualmente— con seda tejida por gusanos de nuestra huerta y bordado con plata de nuestros montes: es decir, la huerta y la mina como dos

formas de murcianía aunadas sobre los hombros de Nuestra Señora. Verla caminar, barnizada por la luz de la mañana del Viernes, aupada sobre su zócalo de anderos, constituirá siempre una estampa de renovada belleza. Muchas y muy complicadas sabidurías habrán sido necesarias, por otra parte, para llegar a la síntesis del atavío de la antes citada Samaritana de Roque López, frente a la que siempre habrá alguien que se pregunte si así de galana habría de resultar realmente Forina, la mujer de Nicanor, el del puesto, su modelo.

¿Pues qué decir de aquella teoría de Vírgenes, Dolorosas “menores” podríamos llamar, con su lazada a la cintura y el manto ofreciendo su justo plegado de azules, dejando sólo al aire, como palomas de madera, las manos clamantes? La trilogía de las Soledades, luego, sumidas en el oleaje de sus terciopelos negros. Y todavía los Nazarenos de túnica violeta, bordadas unas, lisas otras, cuyos dobleces modela el viento y no la gubia.

CALLES DE SEMANA SANTA

Sepa luego el ojo, salir al encuentro de las imágenes ya aicaladas, bamboleantes sobre su trono, alcanzándolas en su justo escenario, se sobreentiende que lejos del cemento de las grandes avenidas, por las que se diría que la procesión pasa con prisa, buscando su apetecida escenografía, como a sabiendas de que su justo ámbito es la calle de proporciones a la mano, en parte desaparecida hoy para menoscabo de la procesión y rabieta cordial de Chueca Goitia. Son las viejas calles que semejan levantadas, antes que para otro monester, para la andadura procesional, con zonas de fachada a fachada midiendo exactamente el volumen de un paso. El olivo del Prendimiento mete sus ramas entre los hierros de un balcón. Sólo hay que alargar la mano para cortar cómodamente un pequeño brote plateado que, luego, como reliquia entrañable, a lo largo del año levantará el recuerdo de aquel falso Getsemaní que, mecido por sus anderos, convirtió por unos momentos la calle en templo. Una Virgen dolorida llora a nivel de nuestro corazón. Y hay siempre una mano —¿joven, enjoyada de arrugas?— que, viajando de la boca al madero, deposita un beso sobre el brazo de la cruz, de la que cuelga,

como un fruto a ras del balcón, la imagen del Cristo. Dichosas, ciertamente dichosas las calles cuya calzada fue un día salpicada por la sangre de Dios.

Manuel de Góngora, poeta popular, hoy olvidado, que cantó la belleza de las calles en Semana Santa, quiso incluir en su catálogo semanasantero el nombre de Murcia :

*Platería y Trapería,
Jardín de Floridablanca,
calle de la Frenería;
¿en dónde hay nieve tan blanca
como la Virgen María?*

Para trazar a continuación la hermosa viñeta colorista del Viernes Santo español, citando, por supuesto que como antorcha deslumbrante, el nombre de Salzillo.

SALZILLO, PALABRA DE DIOS

Salzillo fue nombrado. Lógicamente habíamos de llegar a él como centro y cogollo de la más bella mitología nazarena, aupada cada primavera por la costumbre y el amor. Frente a ella, Salvador Jiménez, otro barroco, sin duda una de las más importantes voces de la prosa murciana, ha podido certificar: "Salzillo y Murcia es una y la misma cosa".

El muchacho de tejanos y zamarra de cuero, discotequero él; el ejecutivo que, cartera bajo el brazo, busca más o menos inútilmente un aparcamiento; la vieja burguesía cuyo discreto encanto echa todavía de menos a Benavente en el Romea, el chico que maneja el ordenador electrónico como el que lava y el camionero que, para hacer más llevaderos los kilómetros de su peregrinaje por las carreteras, enchufa la cassette del Fary, continúan contando en Murcia con Salzillo con la misma fidelidad que la del antiguo huertano de montera y esparteñas apegado antes que nada a la tierra y sus conjuntos o la de la huertana, cuyo refajo o moño de picaporte daba pie al verso de Vicente Medina, allá justamente cuando las glorias del michirón picante o la hora del "chipirrin" no habían sido todavía derrotados por la hamburguesa y "Falcon Crest".

Salzillo, palabra de Dios. Ni las servidumbres a las que el paso del tiempo sometió a Murcia, ni la cancelación de determinados prejuicios y tabúes, ni siquiera la tiranía de muchos módulos totalmente uniformadores de lo que podríamos llamar nueva cultura han podido acallar el lenguaje de los santos de palo, la dialéctica de la gubia, esto es, la herencia de Salzillo.

Dejo para otros el despliegue erudito, la palabra doctoral sobre el escultor para quedarme, callando y agradeciendo como se aconseja desde el frontispicio de no recuerdo ahora qué museo, sólo con el reencuentro con Salzillo en las calles de Murcia para los que soñada fue su obra, alcanzándole a la procesión sus más imprevistos escorzos, echando mano a esa estrategia popular y castiza de apretar el paso para atajarla en varios puntos claves e incluso acompañando a Salzillo, luego, ya a punto de reventón, bajo el oro pastoso de las primeras luces de la tarde del Viernes en su retorno a San Agustín, que ya no se parece a una plaza de Singapur, como aseguó un día Paco Alemán, pero que en esa hora mantiene exactamente la dimensión del más delirante aguafuerte.

Todos nos hemos preguntado más de una vez si con el reencuentro cordial con Salzillo, cada Semana Santa, no le estará pagando el murciano al escultor precisamente la fidelidad de éste a la tierra, totalmente ineludible. En cierta ocasión, Floridablanca ofrece a Salzillo su nombramiento de escultor palatino en Madrid, nombramiento que Salzillo rechaza una vez meditado lo que atrás va a dejar a cambio: sencillamente Murcia, nada más pero tampoco nada menos. Su decisión retrasará, evidentemente, los ecos de su fama. Pienso, ya lo dije alguna vez, que a Salzillo habría de importarle muy poco el hecho, conociendo como conocía que a su muerte le iban a doblar todas las campanas de Murcia y a llorarle todas sus Dolorosas.

A LO MURCIANO

Salzillo y paisaje, que en último término, vienen a resultar lo mismo para el murciano, modelan aquí esta madera, totalmente sui generis, de entender la Semana Santa, en la que la

veta religiosa se entrecruza con la otra puramente estética, aquella decisión plástica que la luz de la primavera ordena. Se intenta taponar así, con torundas de aliviadora belleza lo que de tûmulo funerario mantiene el Gólgota. Si sobre los austeros manteles de la última Cena se desploma la tristeza de una despedida, trátase de disimularla con la pompa fastuosa de un bodegón del Renacimiento, si el leño de la cruz ha de ser patibulo, venga la caritativa disposición de enguarnardarlo de bermejas flores; si el corazón de Nuestra Señora ha de ser atravesado por una espada para que se cumpla la profecía de Simeón, que sea de cincelada plata...

Surgen entonces las constantes de un ritual irrepetible, aquella interpretación murciana de la procesión que va de las medias de repizcos a ese pequeño ovni que es el huevo duro como generosa dádiva, del capirote de punta roma a la cuarteta bien rimada de un caramelo, de las convocatorias a la anécdota cordial como la protagonizada por el que, resultando fumador contumaz, promete la abstinencia total de tabaco durante un mes a cambio de la salida de su procesión, seriamente amenazada por la lluvia, o como la del que solicitaba vehemente de la Divinidad: “¡Señor, lo que quieras, todo menos una enfermedad en Semana Santa!”, o aquella otra, en fin, del cofrade que antes del ható de cristianar preparó al hijo, aún morico, el atuendo de nazareno.

Si alguna vez, sobre la misma sustantividad de la Semana Santa asoman las ecurriduras de algunos excesos, incluso los ribetes de una no del todo contenida jocundidad, hágase la vista gorda, cúlpese a los mandatos de aquella luz antes nombrada, de cuya amorosa mano le llegan a Murcia fruto, flor, aroma y ensoñación. La eclosión de la consabida primavera es aquí tan poderosa que, adelgazando las fronteras entre la vida y la muerte, hace que sobre la propia dimensión penitencial inherente a los días sacros, llegue a sobrenadar muchas veces diríase así como un aletazo de Pascua anticipada. Después de todo, en el Calvario ya va implícito, como fundamento de nuestra fe, el triunfo de la Resurrección. Es éste un secreto a voces en el que la misma Iglesia actual, más encandilada ayer por los misereres que por los aleluyas, insiste y se complace en proclamar. “Muerte, ¿dónde está tu victoria?”, se pregunta el creyente bajo la ducha de las campanas de la Resurrección. Hasta uno mismo no se ha quedado del

todo tranquilo hasta que, en ocasión de pintar más de un Vía Crucis con destino a algún templo, no ha logrado colgar, como estrambote de ese hermoso soneto de catorce estaciones que constituye la popular devoción, la que yo llamaría estación número quince, es decir, la Resurrección de Cristo, meta sin la que, salta a la vista, el camino de la cruz vendría a resultar, como en el verso de la copla machadiana, “camino de cualquier parte”.

DOCE PROCESIONES

Así, disimulado el drama de la Pasión con el atrezzo de la flor, la cera, el incienso y la marcha musical casi con vaivén de habanera, Murcia empuja hasta la calle sus procesiones que ya desbordan la Semana Santa para ganar el Viernes de Dolores con la salida del nuevo cortejo del Cristo del Amparo.

Enseguida, tarde del Domingo de Ramos, a hombros, la Esperanza, una de las más bellas advocaciones de la Semana Santa.

¿Quién no contempló luego, cuando la tarde del Lunes Santo pierde pie aquella pintoresca acuarela sanantolinera ganada por el color magenta? La antorcha del Prendimiento puede fundir todavía su llama con el oro del último sol pero ya será noche cerrada cuando, presidiendo la procesión, el Cristo del Perdón gane la calle.

Un gozo para la vista, Santa Lucía nos la conserve, el paso del Rescate bajo el arco de San Juan, noche del Martes Santo, como poco antes lo es la salida del Cristo de la Salud desde ese canafeo rococó en el escote de Murcia que es San Juan de Dios.

¿Qué bien cortada pluma sería necesaria para describir, al día siguiente, la salida de los “Coloraos”, en esa hora en que no siendo ya tarde no es noche todavía y en la que el espectador no sabe si atender a las pinceladas sangrientas de los nazarenos, a la gallardía de la Samaritana arrepentida aunque no tanto que deje de tomar, como resabio último de sus pasadas coqueterías, el río por espejo; o los sonos desafinados

de las bocinas sobre ruedas, anunciadoras de que viene el Cristo de la Sangre.

El del Refugio, luego, noche del Jueves Santo. ¡Qué gran lección ésta de la procesión del Silencio! Nunca como hoy se han gastado tantas palabras para decir tan poco, olvidando que a Cristo Crucificado le bastaron sólo siete para abrirnos el alma a tantas verdades.

La más bella mañana del año, al fin, de la mano del Viernes Santo. Póngase en pie, una vez más, como bienvenidos tópicos, los tropos alabadores del llanto de la Dolorosa que hace válido con su hermosura, como merecido piropo, el “Stella Matutina” de la letanía, como verdadera Estrella de la Mañana que es; de la andadura de San Juan, de cuyo pie se teme adelante algún día al de sus anderos, del brazo de gitano de Pedro, monumentalizado en el azul rabioso de la mañana; de la cintura melódica de la Verónica, del sueño de los apóstoles a la vera del Angel —sin un solo adjetivo—, en su fingido huerto ambulante, con sol de Murcia en vez de luna de Getsemani...

Vuelve a contar el nombre de Salzillo a la noche, en la procesión del Santo Entierro, puesta en marcha justamente en esa hora en que desde San Miguel avanza la del Cristo de la Misericordia. ¿Hemos caído en la cuenta de lo que sería el grupo portentoso de la Virgen de las Angustias, iluminadas sus tulipas exclusivamente por cera? ¿Por qué no volver, no sólo el Santo Entierro, sino el resto de las procesiones a la cera litúrgica en el paso, a esa pequeña luciérnaga temblorosa del cirio coronado por la llama anaranjada, lengua de Pentecostes ondulando dentro de la urna de la tulipa? Conserve como luminotecnia ciertamente funcional la luz eléctrica para alumbrar adecuadamente las imágenes, pero devuélvase a la cristalería de las andas las luminarias de la cera cuyo parpadeo arranca latido, oscilación, ritmo vital al paso, alquimizándolo, otorgándole ese airón mágico de constelación que anda.

Sábado Santo, luego, deshabitada el ánima, María vuelve a ser desolada criatura solitaria, humilde transeunte de las calles de Murcia, en la procesión del Retorno.

Finalmente, el alegre cortejo del Resucitado, poniendo broche de oro a las más entrañables jornadas del año que en complicidad con la tantas veces nombrada primavera nos van a llegar, nos han llegado, que en estos momentos ya estará por San Nicolás abriendo sus brazos el Cristo del Amparo. Excepcionalmente, los semáforos empiezan a dar luz verde exclusivamente a toda esa inefable teoría de encapuchados, santos, apóstoles, sayones, ángeles y hasta demonios, como el que, mañana del Resucitado, se santigua en Santa Eulalia al incorporarse a la procesión.

Está claro que Murcia se complace en todas y cada una de estas procesiones como todas y cada una de las procesiones murcianas se complacen en ese su marchamo de murciana que acaba distinguiéndolas del resto de las procesiones españolas. Guarde, pues, repito, el murciano, la identidad de sus procesiones contra toda tentación de aparente mejora, de goloso cambio a que tan dado viene a resultar el hombre de hoy, tantas veces aspirantes a digamos una puesta al día cuando no a un total desmantelamiento de muchos perfiles entrañables, olvidando que nunca se es más fiel a lo que, empleando un lenguaje actual, pudiéramos llamar nuestra propia modernidad, que cuando se sabe medir y sopesar en su justa dimensión los auténticos valores del pasado.

Cierto es, todo hay que decirlo, que a las procesiones actuales, una vez perdida parte importante de los fines para los que un día fueron puestas en marcha, les acechan no pocos riesgos. De nada servirá, en verdad, valga el ejemplo, que alguien acompañe, cirio en mano o cruz al hombro a un Cristo de madera alzado sobre el falso calvario de la su clavelería, si no ha de compartir, luego, el Vía Crucis de aquellos otros cristos —escribo ahora la palabra con minúscula— que en la calle, en la oficina, en el taller, en el aula, han de salirle al paso durante el resto del año. Pero cierto también que contra todos los signos negativos, contra todas las deformaciones que puedan pesar sobre la procesión, ese Crucificado que en la calle se bambolea a hombros de sus anderos continúa siendo el más formidable libro abierto para todo aquel que quiera leer en sus páginas.

CODA

No haya más para mi palabra, de cuya eficacia nunca estará uno seguro. A lo mejor uno tendría que dar por terminada aquí su disertación a la usanza de aquellos viejos sermones en los que el orador sagrado, más bien ramplón, se hacía perdonar su media hora de tedio, toses y bostezos, solicitando cucamente del santo en cuyo honor se celebraba el piadoso ejercicio, bendiciones a todo trapo a favor de aquella feligresía que, rebullendo en sus respectivos asientos, lo habían aguantado. Opto sencillamente, sin embargo, por el breve, socorrido aunque sincero párrafo de gracias. Mi gratitud, pues, al Cabildo Superior de Cofradías por encargarme el Pregón de una Semana Santa que se pregona sola, mi gratitud también a los oyentes por su paciencia al escucharme.

En los primeros párrafos ya se insistió en una íntima satisfacción personal por pregonar la Semana Santa murciana y por poderlo hacer desde este templo, bajo la mirada del Cristo de la Sangre. Que El, Crucificado y Andariego al mismo tiempo, que a uno le enseñó un día cómo se puede caminar por la vida sin desprenderse de la propia cruz, perdone lo que de mustio e incoloro haya podido pesar en la palabra de alguien que, como aquel personaje de Gabriel Miró que exclama “¡Qué hermosa es la Semana Santa!”, aceptó ser pregonero de la de Murcia, fiando antes que en sus propios recursos personales, en el gancho o tirón soberanos de aquella, es decir, en su hermosura.